

**ESTUDIO DE LA OBRA DE STEVENSON SOBRE LA BASE DE LA
TEORÍA DE JUNG DEL ARQUETIPO DE LA SOMBRA EN EL
EXTRAÑO CASO DEL DR. JEKYLL Y MR. HYDE**

*An analysis of Stevenson's novel based on Jung's theory of the Shadow archetype in
The strange case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*

Marta Gómez Moreno*

Elena Carolina Hewitt Hughes **

Resumen

La dualidad de la humanidad siempre ha sido estudiada desde muchas perspectivas, pero la originalidad de nuestro estudio reside en la perspectiva sustraída a base de la teoría de Jung de los arquetipos. Este artículo examinará el arquetipo de la *sombra* como figura principal para compender los aspectos más relevantes de la novela de Stevenson *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, así como la estructura de la dualidad en el ser humano.

Palabras clave: Sombra, Arquetipo, Jung, Inconsciente, Dualidad.

Abstract

Human duality has been examined from a variety of perspectives, but the originality of the present paper resides in the view obtained from an analysis based on Jung's theory of archetypes. This paper will explore the Shadow archetype as the key component to understanding the main aspects of Stevenson's novel *The Strange Case of Dr Jekyll and Mr Hyde*, as well as the framework of duality in humankind.

Key words: Shadow, Archetype, Jung, the Unconscious, Duality.

INTRODUCCIÓN

Como un personaje que se presenta inesperadamente y de la forma más oscura, el *doppelgänger* reúne muchas de las características esenciales para ser uno de los personajes más terroríficos de la novela gótica.

El personaje del *doppelgänger* en su contexto literario ha sido tratado en diferentes estudios, como veremos más adelante en el capítulo dedicado a la revisión de la literatura. De este modo, la originalidad de esta investigación reside en el estudio de este personaje tratando el inconsciente del texto, así como su simbología por medio de los arquetipos de lo inconsciente colectivo.

La literatura, y en concreto la obra de Stevenson, nos muestra cómo los protagonistas proyectan muchos de los contenidos de lo inconsciente que son censurados a toda costa por una cuestión moral o social. Por ello, es revelador interpretar la unión entre la visión psicoanalítica junguiana del arquetipo de la *sombra* en su contexto literario de lo gótico y su conexión con una lectura cultural y social.

Así pues, en este trabajo analizamos las características sustraídas a partir de los arquetipos de lo inconsciente para con ello realizar un estudio a fondo del protagonista, de la obra y por ende del autor, dándonos como resultado un conocimiento del inconsciente colectivo e individual. Dicho estudio se llevará a cabo en las secciones alistadas a continuación.

METODOLOGÍA

Los contenidos del inconsciente colectivo son los llamados arquetipos (Jung, *Arquetipos*). También se denominaron de diferentes formas: dominantes, imagos, imágenes primordiales o mitológicas, entre otras opciones, pero el término arquetipo es el más conocido de todos ellos. El papel primordial del arquetipo se caracteriza por la tendencia innata, que no aprendida, a experimentar las cosas de cierta forma y no de otra. De esta manera, un arquetipo es una ocasión de representación, sin embargo, la imagen arquetípica propiamente dicha se constituye del material de la experiencia consciente.

En el individuo los arquetipos aparecen como revelaciones inconscientes de naturaleza espontánea cuya existencia y cuyo significado solo puede desprenderse indirectamente (Jung, *Los arquetipos*). El arquetipo en sí es un factor psicodéico (compuesto de lo psíquico y lo celestial), debido que está incluido en la parte no visible de la psique y que no tiene conciencia. La razón es que todo lo que tiene que ver con el arquetipo y que es visto por la conciencia muestra diversidad acerca de un tema importante. La naturaleza del arquetipo es psicodéica a su inhabilidad de conciencia y de naturaleza transcendental (Jung, *Los arquetipos*).

Aunque hablemos de formación de imágenes arquetípicas, realmente estas son irrepresentables, pero, al igual que ocurre con las moléculas, estas encuentran cierto patrón para su representación. En el caso del arquetipo, estas representaciones se denominan “tema o mitologema” (Jung, *Arquetipos*, 255). Por regla general, el sujeto se encuentra entre la conciencia colectiva, reconocida por su racionalidad, y el inconsciente colectivo, lo que significa dificultades al entendimiento medio. La conciencia subjetiva escoge las imágenes y creencias de la conciencia colectiva, siendo reveladas con total naturalidad, mientras que, por otro lado, los contenidos del inconsciente colectivo se reprimen. Sin embargo, es relevante señalar que la represión tiene un límite, por así decirlo. Cuanto más se suma la carga energética producida por la represión en contenido de lo inconsciente, más posibilidad existe que el represor sea más efectivo en proporción. Cuanta más carga se da con los contenidos reprimidos, más posibilidad existe que estos dejen de serlo, dándose el efecto contrario.

Finalmente, debemos mostrar la existencia de fenómenos psíquicos de este tipo en el folclore de otros pueblos, razas, textos milenarios, cuya existencia ha sido corroborada no solo por Jung (*Arquetipos*), sino también por otros estudiosos de campo. Según Jung, la carga histórica, mitológica y folclórica nos ayuda a corroborar la igualdad espacio-temporal. La posibilidad del estado de la psique y la luz como vehículo de transmisión nos

ayuda a asimilar el material de representación. Este proviene del mundo fenoménico, volviéndose perceptible y formando parte de la psique.

El arquetipo también contiene un “valor afectivo” (Jung, *Arquetipos*, 246) que le brinda toda su significación en la teoría y la práctica y que se transmite de generación en generación. Es lo que hace que el ser humano tenga actitudes y diga palabras cuya significación es totalmente inconsciente. Además, nos apoyamos en que todo lo que funciona de forma inconsciente es instintivamente automático y como consecuencia de naturaleza compulsiva, sin que nadie pueda influenciar su naturaleza. Por lo demás, la “imaginación activa” (249) es la que nos brinda la posibilidad de hallar los arquetipos mediante el descenso al mundo de los instintos, lo que nos lleva a su vez a una inconsciencia sin habilidad de conocimiento alguno.

Según Jung (*Los arquetipos*), la idea de lo inconsciente se había restringido a denominar todo lo relacionado con aquellos contenidos que están reprimidos. Para Freud, según Jung (*Los arquetipos*), el inconsciente, a título personal, no era otra cosa sino la ubicación donde se juntan todos aquellos contenidos que se han cohibido y, por lo tanto, relegado. Así pues, de acuerdo con esta opinión, lo inconsciente tiene su origen en lo individual, aunque, no obstante, ya Freud también atisbó el rasgo primitivo y de naturaleza mitológica de lo inconsciente.

Así pues, por un lado, nos encontraríamos con el “inconsciente personal” (Jung, *Los arquetipos*, 4), donde encontraríamos la manifestación más inmediata del arquetipo en su proyección mediante ensoñaciones y visiones, siempre a título individual. Pero por otra parte el inconsciente como una cuestión colectiva también tendría un papel fundamental. El inconsciente personal se apoyaría sobre otro estrato, que nada tiene que ver con la experiencia del propio sujeto, sino que viene impuesto desde que nacemos. Este es el denominado “inconsciente colectivo” (Jung, *Los arquetipos*, 4). El motivo es que este es igual en todos los hombres y mujeres, siendo por ello que conforme a un fundamento de naturaleza psíquica común al ser humano.

Para aclararnos aún más, veamos una explicación más detallada. Jung expone por un lado el material en el inconsciente personal donde nos encontramos con los denominados “complejos sentimentalmente acentuados” (*Los arquetipos*, 4), que constituyen lo más profundo de la vida de cada individuo. Por otro lado, los contenidos del inconsciente colectivo son los llamados “arquetipos” (4): “los contenidos de lo inconsciente colectivo son tipos arcaicos o –mejor aún– primigenios, imágenes generales existentes desde tiempos inmemoriales” (5).

Otra manifestación típica de los arquetipos es por medio de la mitología y del cuento. Por otro lado, la interpretación que llega al individuo gracias a sueños, es más ingenua que la que se constituye mediante el mito. No obstante, a pesar de su carácter colectivo, el arquetipo, al llegar a formar parte de la consciencia y ser observado, se transforma adaptándose así a la consciencia del sujeto donde se hace notar. Tal es así, que es necesario, según Jung, distinguir entre “arquetipo y representaciones arquetípicas” (Jung, *Los arquetipos*, 5). A diferencia del segundo, el primero de ambos

conceptos es visto como representante de un modelo hipotético en sí mismo, es decir, similar a un modelo conductual tal y como se denomina en términos biológicos. Es el enlace de la inconsciencia individual con la colectiva. Es el modelo en que se configuran las representaciones arquetípicas, es el patrón subyacente, el punto inicial desde donde algo se despliega. No se puede hacer una lectura de este mediante el lenguaje intelectual, sino por la representación de símbolos. Por contra, las representaciones arquetípicas que encuentran su origen en los arquetipos no son restos de un pensamiento arcaico sino que forman parte de un sistema viviente de interacciones entre la mente humana y el mundo exterior. Estas imágenes arquetípicas están ligadas a los instintos, y se transmiten de una generación a otra en forma de fantasías que necesariamente esos instintos generan, así como la *sombra* acompaña al cuerpo. De esta forma, Jung afirmó:

El arquetipo presenta en lo esencial un contenido inconsciente que al hacerse consciente y ser percibido, experimenta una transformación adaptada a la consciencia individual en la que aparece (*Los arquetipos*, 5)

El papel primordial del arquetipo se caracteriza por la tendencia innata, que no aprendida, a experimentar las cosas de cierta forma y no de otra. Otra forma de explicarlo es tal y como lo hace Tucker, según el cual Jung asemejó el arquetipo al sistema axial de un cristal: con elementos de invisibilidad, ya que la materia en sí de este no puede verse como tal, pero sin duda es fiel a su forma tal y como la estructura del cristal también lo hace. De esta forma, un arquetipo es una ocasión de representación pero, sin embargo, la imagen arquetípica propiamente dicha se constituye del material de la experiencia consciente.

En otras palabras, y según el estudio realizado acerca de la leyenda conocida como “Bloody Mary” (ritual donde al decir su nombre, un difunto aparece en el espejo), los arquetipos cuentan con un doble concepto, derivado el primero del segundo: el primero se debe a la idea de cómo pueden llegar a percibirse los arquetipos y la segunda es la forma en la que van alimentándose, transformándose del “boca a boca” (Tucker). Según Jung (*Los arquetipos*), debemos tener en cuenta que, a pesar de existir una clasificación de ellos, es importante saber que el número de arquetipos existentes es ilimitado, ya que se pueden mezclar entre ellos dando lugar a otros y así sucesivamente.

Nuestra exposición del arquetipo en relación con la mitología y su relación con la literatura queda bastante atada, sin complicación alguna hasta el momento. Es en su perspectiva más psicológica cuando se complica por definición. Para continuar con nuestra exposición del concepto de arquetipo es inevitable no pasar por alto la gran pregunta ¿Qué es para la psicología un arquetipo? Los arquetipos desde el punto de vista psicológico son un reflejo de la naturaleza del alma. Un ejemplo muy claro sería el que al hombre no le basta con ver el sol o su puesta; siempre hay algo, un acontecer psíquico, es decir, el destino de un dios o los eclipses, la ira de Dios. Todo esto lo expresan muy bien los mitos, ya que son expresiones objetivas y simbólicas del inconsciente del alma, o dicho de otra forma, otra percepción más profunda, más

sentida. De esta forma, dicha proyección de las cosas (acontecer psíquico = mito) es tan profunda que se tardaron siglos en separar ambos conceptos, ejemplo de ello podría ser, desde nuestro punto de vista, que hace siglos, los eclipses se atribuían a la ira de Dios, mientras que en la actualidad son entendidos como simples fenómenos astronómicos.

Según Jung, el conocimiento de la naturaleza es esencialmente lenguaje y revestimiento exterior del proceso psíquico inconsciente. A partir de aquí dedujimos que, para explicar el mito, se pensara desde la lejana relación con el alma. La idea es que el alma contiene todas las visiones/imágenes de las que han surgido los propios mitos. Así, la doctrina tribal, incluida dentro de las doctrinas secretas, trata de concebir las cosas sin hacer juicio de ellas, lo que se denomina como el invisible acontecer psíquico. Ejemplo de ello sería el concepto de templos en las religiones o los escritos sagrados que tratan de exigir la supremacía más ensalzada. Con ellos, se capta la vida de lo inconsciente colectivo desde el punto de vista religioso de donde se han tomado casi en su total integridad las representaciones dogmáticas arquetípicas fluyendo en armonía del credo y del ritual de sintomatología religiosa (Jung, *Los arquetipos*). El lugar donde adquiere vida no es otro lugar sino en el alma religiosa, ya que además se buscan imágenes poderosas y tranquilizadoras para las profundidades subyacentes en el alma humana; ejemplo de ello sería la iconoclasia, la santísima Trinidad o el parto de la Virgen. La asumida significación y posterior aceptación de estos arquetipos no nos lleva ni siquiera a preguntarnos por su sentido, simplemente los adoramos o aceptamos, sin darnos cuenta que muchas veces los arquetipos de los dioses son, por ejemplo, una simple suma de prejuicios e ignorancias (Jung, *Los arquetipos*).

Para Jung en su libro *Los Complejos y el Inconsciente* (2011), la conciencia es, *per se*, como una cubierta sobre el inconsciente. Si juntamos ambos, el inconsciente y el consciente, podemos ser capaces de describir el total de la mente. Uno de los rasgos principales por los que se define la conciencia es por su limitación. Según Jung (*Los complejos*), esta estrechez indica su capacidad de abarcar solo un diminuto número de tipos de representación. La conciencia está orientada hacia el contexto que nos rodea. Está ubicada en los hemisferios del cerebro, mientras que el resto de la psique no se encuentra en ninguno de los hemisferios. Así pues, Jung define la conciencia de la siguiente manera: “Ser consciente es percibir y reconocer el mundo exterior, así como al propio ser en sus relaciones con este mundo exterior” (75). Es decir, podríamos definir la conciencia como una conexión psicológica con una circunstancia esencial denominada *yo*.

Por tanto, la psicología junguiana define el yo de la siguiente forma: “El yo es una magnitud infinitamente compleja, algo como una condensación y un amontonamiento de datos y de sensaciones” (Jung, *Los complejos*, 75). En él se constituyen la posición del cuerpo en el espacio, las sensaciones de frío y calor, las necesidades fisiológicas como el hambre y la sed, así como la percepción de emociones. Es decir, no podría existir la conciencia sin todo este tipo de sentimientos y sensaciones. Todo este tipo de conjunciones que rodean a la conciencia le dan a pensar

que quizás la consciencia nació cuando el sujeto fue capaz de reflexionar sobre su propio ser como individuo (Jung, *Los complejos*).

Las percepciones que también nos brinda la consciencia nos dan la capacidad de conocer y saber de todo aquello que nos rodea. Nos ayudan a orientarnos en nuestro contexto, a crearnos ideas e impresiones acerca de lo que nos rodea, así como a distinguir los estados en los que se encuentra todo lo que nos rodea. Para que estas sensaciones sean puras en su percepción no deben incluir ningún juicio de valor, ni ser guiadas o adulteradas.

Por otro lado, Jung apunta que también tenemos cierta capacidad de adelantarnos a ciertos acontecimientos futuros (*Los complejos*). Esta habilidad se denomina “intuición” (79). Es decir, no somos adivinos para saber lo que va a ocurrir en un momento concreto, pero Jung sí habla de esa forma de adelantarse a un suceso, que con el empleo de la intuición, solo unos segundos antes, sea lo suficientemente útil incluso para salvarnos de cierto peligro. Aquí nos serviría el ejemplo de las personas que se exponen a las condiciones naturales, que hacen un uso continuado de esa intuición. Cuando un individuo se enfrenta a un despliegue de condiciones novedosas, falta de valores y concepciones sólidas, hace uso de esta habilidad.

De la misma forma, estas funciones de la consciencia que hemos descrito son también aplicables al inconsciente. Es decir, no se restringen solo a la esfera de la consciencia. De sobra es conocido que estas funciones también pueden darse con cierto automatismo; una forma de ejemplificarlo sería cuando un sentimiento asalta nuestra estabilidad creándose así al margen de toda intención por nuestra parte, en algunas ocasiones incluso llegando a dominar por encima de nuestro deseo o voluntad (Jung, *Los complejos*). Pues bien, todo este tipo de funciones no solo se dan en el consciente sino también en el inconsciente, tal y como hemos indicado, ya que son percibidas involuntariamente. Así pues, se pueden dar durante los procesos oníricos, donde incluso podemos llegar a darnos cuenta de su existencia. Por tanto, estas funciones no dependen de la consciencia para su puesta en escena, pueden darse sin tener que contar su participación.

Pero vayamos a otro aspecto de la consciencia, denominado “la orientación en el espacio interior” (Jung, *Los complejos*, 89). Este tipo de orientación es la que se da en el seno de los sucesos acontecidos en la psique. Es decir, son aquellos hechos que se dan en lo que se denominó “el mundo de la *sombra*” (89). Con ello se refiere a los sucesos que se dan en la parte desconocida del yo, de ahí que como resultado obtengamos el conocimiento de alguna faceta desconocida de nosotros mismos. Son descubrimientos sobre nosotros que van sucediendo a lo largo de nuestra vida, y que antes no habíamos supuesto que formarían parte de nuestro ser. Por tanto, nuestra personalidad venidera se encuentra ya en nuestras personas, pero está aún escondida en la *sombra*. Desde otro punto de vista, aparte de la *sombra*, también guardamos recuerdos y una memoria que hacen resurgir hechos que hemos ido amontonando y que cuando surgen de nuevo en nuestro ser, o bien nos asaltan, nos atormentan, o bien nos cautivan. El trabajo de la

memoria nos une con aquellas cosas que se han desvanecido de nuestra consciencia, debido a que han sido desechadas o arrinconadas. Lo que se denomina memoria es una habilidad para reproducir lo que se encuentra en el inconsciente (Jung, *Los complejos*).

De lo más profundo del ser también aparecen los llamados “afectos” (Jung, *Los complejos*, 93). Los conforman situaciones de nuestro interior cuyo terreno somos nosotros mismos. Es muy peculiar creer que los afectos provienen de agentes externos y misteriosos; pero es un error, ya que se trata de actos y reacciones involuntarias y automáticas. Ejemplo de ello sería la agresividad y violencia o bien de palabra o acto que nos surge cuando alguien nos dice algo desagradable, sea verdad o simplemente nos lo parezca. De ahí vemos que el sentido común etiqueta este tipo de estado emocional con expresiones del tipo “la tristeza le embarga” (Jung, *Los complejos*, 93) o “Dejarse llevar por la cólera” (93). Esta forma de padecer los afectos no es otra que un estado al que nos vemos sometidos sin control alguno. Para Jung además se trata de un estallido energético en el que el control nada tiene que hacer. Estos afectos alteran la consciencia; nos poseen, incluso llegando a tener comportamientos que nada tienen que ver con el estado normal del sujeto, ya que es totalmente contrario a él.

Por tanto encontraríamos más lejanas al yo las “irrupciones del inconsciente” (111). Estas se relacionan con aquellas interrupciones que se pudieran dar en nuestra psique, como si interrumpiéramos a alguien que está dando una conferencia sin más. Más cerca del yo encontraríamos los “afectos” (Jung, *Los complejos*, 93); después, aún más próximas encontramos las “contribuciones subjetivas” (*Los complejos*, 111) de las funciones que no tienen independencia alguna, a diferencia de los afectos, que pueden ser adaptadas según se desee. Es decir, podemos decirle a alguien “¡Buenos días!”, sin que ello elimine mi verdadero pensamiento que es “¡Mal rayo le parta!”. Este pensamiento se mantiene oculto, y es arrinconado, debido a un inapreciable papel de la fuerza de voluntad, ya que no ejercen las contribuciones subjetivas sobre el yo la influencia que determina a los afectos y a las irrupciones del inconsciente. Sin embargo, de ser el afecto el que nos instara a hacer esta afirmación, sería imposible pronunciar este impropio, a menos que fuese evitado gracias a un gran esfuerzo.

Por último, cercanos al yo, Jung (*Los complejos*) situaba a los recuerdos. Ahí nuestra intención es la que domina, pero no siempre es así. De alguna forma, los recuerdos también pueden actuar de forma indeliberada, sin que se sepa cómo ni por qué estamos tristes o contentos, llegando incluso desembocar en la obsesión. Esta obsesión tiene lugar en los estratos inferiores de nuestra psique que son el campo de acción de los impulsos volcánicos que cargan a la consciencia con ciertos componentes.

A priori, según Franz, la *sombra* designa a la parte del inconsciente de la personalidad, ya que en realidad surge en los sueños en forma de persona. La *Sombra* no representa toda la personalidad inconsciente sino ciertas cualidades y atributos no tan conocidos del yo: son elementos que en alguna ocasión incumben a la esfera personal y que podrían ser conscientes, y por otro lado también puede estar formado por aspectos de índole colectiva que se dan fuera de la vida personal del sujeto.

La *sombra* también coincide con lo inconsciente. Esta concuerda con lo inconsciente personal, incluso llegando a ser equivalente al concepto de inconsciente de Freud. Según Jung (*Los arquetipos*), la imagen de la *sombra* encarna todo aquello con lo que el individuo no está conforme y, de alguna forma, carga contra él.

Los contenidos del inconsciente son ganancias de la vida del sujeto; por otra parte, aquellos del inconsciente colectivo, según Jung (*Los complejos*), son los arquetipos. Entre todos los arquetipos, son susceptibles de ser caracterizados desde un punto de vista más científico aquellos que con más asiduidad influyen al yo, y en ocasiones de forma turbulenta. Estos son la *sombra*, el *Ánima* y el *animus*. La figura de mejor acceso es la *sombra*, cuya cualidad puede derivarse a partir de los contenidos del inconsciente personal. La *sombra* en su mayor parte constituye un problema de ética que reta a la personalidad, ya que la moral está en juego, y es bastante difícil escapar de su influencia. Está marcada por un valor afectivo acentuado por la negatividad. Con la *Sombra* tratamos de entrever aquellos rasgos más oscuros de la personalidad. Además, la *Sombra* puede, de alguna forma, fusionarse a la personalidad consciente. El motivo no es otro sino que existen ciertos aspectos que se resisten por completo a la moralidad, y por tanto es totalmente imposible ejercer ningún tipo de influencia. Desde otro ángulo, las características propias de la *sombra* pueden ser fácilmente reconocidas, ya que esos aspectos de la personalidad están carentes de voluntad, ya que la constitución de la emoción se encuentra en “el otro” (*Los complejos*, 29).

Sin embargo, es muy posible que el propio sujeto no sea consciente de su existencia. Jung observó que curiosamente una de las fuentes principales de las proyecciones de la *sombra*, como ya hemos descrito, el lado negativo de la personalidad, se da en ocasiones en el sexo contrario. Es decir, aquí nos podemos topar con el *Animus* de la mujer y el *Ánima* del varón. Por otra parte, como término muy unido a la mitología, la *sombra*, en su representación del inconsciente personal, y por ende su contenido, puede hacerse consciente sin mucha dificultad, debido a su condición personal. Pero es cuando se nos presenta como arquetipo cuando obtenemos las mismas dificultades que nos encontramos con el *animus* y el *Ánima*; es decir, es posible que uno reconozca sus propios aspectos negativos; sin embargo, es una experiencia tan extraña como impactante el encontrarse frente a frente con el mal en primera persona.

La *sombra*, según Franz, no solo se conforma en el hecho de ocultar. Además es habitual que se dé a conocer en un acto sin premeditar. Mucho antes de que tengamos tiempo de pensarlo, el pensamiento hecho declaración se hace realidad, se llega a alcanzar la decisión que justo no queríamos, y así luchamos con desenlaces que no deseábamos conscientemente. Además, es importante señalar que la *sombra* está expuesta a una mayor influencia externa de lo que lo está el yo consciente. Franz destaca que cuando se encuentran personas del mismo sexo, es más probable que se dé este tipo de contagio de lo más primitivo. Es decir, si uno de los que forman un grupo, en un momento determinado, no se une al grupo en acción, teme a que se le considere un necio, así que se

contagia de esta colectividad de género y, dejando paso a su impulso, comienza a hacer las mismas cosas tenebrosas que está haciendo el resto del grupo, producto del surgimiento de la *sombra*. Por tanto, en los procesos oníricos y en los mitos, la *sombra* aparece como un individuo del mismo género del que el que sueña.

Según Franz, la *sombra* se conforma de valoraciones que la consciencia precisa, pero que se dan de una manera que es complicada de conciliar con nuestra consciencia. Aun así que la *sombra* se convierta en un aliado, o en el peor contrincante, es una decisión personal. Asimismo, se convierte en un rival cuando es despreciada o no se entiende. En algunas ocasiones, según Franz, el sujeto se siente impulsado a vivir el lado más oscuro de su naturaleza, y ocultar el bueno. En este caso, la *sombra* aparece en el sueño como una imagen provechosa, con elementos positivos. Por otro lado, para un sujeto que vive acorde con sus pensamientos y emociones positivos, la *sombra* se presenta como algo negativo. En este caso, encarna los valores negativos que se tuvieron con anterioridad. Así de nuevo, Franz observa que la *sombra* representa, en sus múltiples formas, el otro lado del ego, tratando de integrar aquellas características que se ven en otros sujetos. No obstante, si la *sombra* consiste en ciertos elementos de mucho valor, debe ser admitida a situaciones que no se han censurado.

Así que de este modo según Jung era bastante acertado dar la denominación de *Sombra* a ese elemento que nunca falta en toda personalidad: “creo que he tenido razón al dar el nombre de *sombra* a ese componente que nunca falta en el carácter” (*Los arquetipos*, 254).

Según Sardello la psicología, al igual que el resto de las disciplinas, está de alguna manera intrínsecamente relacionada con otras. Es así pues la psicología donde encontramos una estrecha relación con otras disciplinas, que van desde la ciencia hasta las humanidades: la biología, la fisiología, la lingüística, la informática, o la física. De otro lado, el arte, la filosofía, la literatura, la mitología, así como la religión son las encargadas de brindar un idioma en términos psicológicos para poder establecer la significación entre la realidad vista como simbología y metáfora. Es por ello, según Sardello, por lo que Hillman concreta el término *personificar* como manera de dar forma al interior, es decir, al alma. Este mundo interior es en todos sus aspectos personal. Es así pues, que el mundo interior y el exterior son el uno reflejo del otro. Al principio, la imagen como reflejo, en su aparición, fue duramente atacada por el catolicismo, pero más tarde el nominalismo paulatinamente consintió que este concepto llegara a buen puerto, siempre y cuando se racionalizase, para ello desarrollando conceptos como: “personificación, antropomorfismo, y animismo” (Sardello, 176). Dicho de otra forma, ya se podría considerar lo que existe en el interior y ver su proyección externa. Así pues, fueron restituidos por Freud y Jung a lo largo de sus trabajos poderes psíquicos como la Fama, el Olvido, la Codicia, la Perdición, la Esperanza, y la Noche, teniendo Freud en este caso que volver a crear una mitología que encajase con estos conceptos.

Así pues, la Censura, el Superego, Edipo, el polimorfo y malvado Niño, conformaron las fuerzas de esta mitología. La Gran Madre, la *sombra*, el *Ánima* serían otras de las figuras constituidas para desempeñar el concepto de *personificación*, pero esta vez de la mano de Jung, según Sardello, lo que ayudó a brindar un amplio elenco de personalidades dentro del ser humano, argumentando además que el ego no era lo único de lo que se componía la psique. Años más tarde, Hillman no dudó en reconocer la relevancia de estos hechos y su contribución terapéutica. Este tipo de imágenes, indudablemente, tienen vida propia, por así decirlo, y como vivas que están se expresan por medio de los sueños, las fantasías y mediante el humor. Con estos acontecimientos imaginativos, el alma transmite información, buscando más que curación, atención. La idea de estudiar estos mundos imaginarios no es la de curar la mente, sino la de cuidar la imaginación. Así pues, el arte, la música, la poesía, y la literatura, no quieren saber lo que significan estas imágenes, sino que se limitan a dar vida a esta imaginación, con la idea de brindar por medio de ellas conocimiento, y mediante la psicología, adentramos en ellas (Hillman). Así pues, encontramos que la psicología de los arquetipos está llena de información, ya sea religiosa, mitológica o de otra índole, pero siempre con la finalidad de comunicarse: *in the rhetoric of metaphorical language*¹ (Sardello, 177).

DUALIDAD Y PSICOANÁLISIS

Es hora ya de introducimos de lleno en el análisis. Stevenson realizaría una de las obras más famosas sobre la dualidad. Esta dualidad, tal y como se ha mencionado anteriormente, puede ser estudiada desde muchas perspectivas. Sin duda que esta dualidad es vista desde el arquetipo de la *sombra*. Este arquetipo desde el primer momento atrapa a su protagonista y haciendo uso de la temática del gótico, este lado oscuro que expresa por medio de un personaje horrendo, que sin duda encarna todo aquello que lleva como carga principal el arquetipo de la *sombra*.

Ya Saposnik apuntó la simbología que entrañaba la obra de Stevenson. Tal y como mencionó, esta reflejaba perfectamente las ansiedades de la época victoriana en su estudio del dualismo moral y social. También refleja la variedad de personajes que representan, cada uno a su forma, la sociedad victoriana desde un punto de vista moral, eso sí. La mayoría de estos personajes son personas respetadas, que por ello tratan de enmascarar a toda costa la esencia de su verdadera personalidad. Con ello referimos a la rigidez moral dentro de una sociedad hipócrita, pero de acuerdo con Saposnik, no se ha hablado de lo oculto detrás de esa postura.

Shubh y Chakrabarti (2008) abordaron la temática de la dualidad desde una perspectiva moral y social. Abordaron la teoría de la personalidad en los personajes de la obra. Así pues, lo moral y lo social no solo son expuestos desde una perspectiva de la dualidad del protagonista, sino además evocando a un estudio más a fondo acerca del

¹ “En la retórica del lenguaje metafórico” (Traducción nuestra).

mismo autor. Pero de nuevo no se planteó el estado de la cuestión desde el arquetipo de la *sombra*.

Garner se acercaría aún más al objeto de estudio, solo respecto de una perspectiva médica. Estudió la dualidad mediante la obra. La autora se refiere con ello a una enfermedad cerebral orgánica que hace que el enfermo tenga ciertas regresiones a modelos arquetípicos, así como a un pensamiento primitivo contextualizado dentro de un mundo metafórico y mitológico.

Dicha enfermedad desembocaría en lo que denominó *reduplicative phenomena*² (Garner, 339), así como desde un punto de vista psicopatológico habla de *feelings of perplexity, strangeness*³ (342). Para Garner, esto puede llevar al enfermo a una disolución de la personalidad. A la vez, muestra que esta enfermedad psicótica hace emerger en el enfermo pensamientos arcaicos de dualidad. De nuevo, el acercamiento a los arquetipos es completamente diferente a nuestra perspectiva, ya que se acerca más a la visión neuropsicológica. Es decir, lejos del punto de vista cultural y mitológico junguiano.

Dos de los sucesos que acontecieron en la vida del autor pudieron ser el origen de la *novella* que nos ocupa. El primero fue tratado como un caso médico que fue denominado como *morbid disintegration*⁴ (Callen, 683). Esto le causó ataques de histeria que le hicieron experimentar cierta metamorfosis durante su adolescencia. Pasaba de ser un chico tranquilo y obediente a ser un adolescente violento y vulgar. Sus médicos achacaron este comportamiento a una traumática experiencia en su encuentro con una víbora. Finalmente, consiguieron curarlo mediante hipnosis, de forma que nunca podría recordar tan tormentosos ataques.

Por otro lado Callen achaca el origen de la novela a cierto sueño que tuvo el autor. Sueño producido a consecuencia de una fiebre recurrente y fluctuante debida a la tuberculosis. Asimismo, la relevancia dada al inconsciente el que, en la *novella*, encuentra su materialización en Hyde, una vez que este consigue separarse de Jekyll. El caso de Stevenson, donde como paciente el miedo de la separación y de las acciones descontroladas se manifestaba con cierta violencia, proporciona cierta ligazón con todos los protagonistas.

Ahora bien, es quizás aquí donde nuestra investigación continuaría, ya que Callen ligaría esta manifestación del inconsciente con cierta perspectiva freudiana y vista, en sus propias palabras, *as a story of conflicted male homosexual desire... "perverse" desire*⁵ (Callen, 683). Esto es así, porque de acuerdo con Callen el psicoanálisis de Freud asoció la perversión de dos formas: *Freud associates "perversion" with male (active) sexuality, and "neurosis" with female (passive)*

² "Fenómeno reduplicativo" (Traducción nuestra).

³ "Sentimientos de perplejidad, extrañeza" (Traducción nuestra).

⁴ "Desintegración mórbida" (Traducción nuestra).

⁵ "Como una historia de deseo homosexual, varonil y conflictivo... deseo perverso" (Traducción nuestra).

*sexuality*⁶ (Callen, 683). Los acontecimientos mencionados anteriormente tuvieron que quedar grabados en el inconsciente. Este es otro argumento de la necesidad de nuestra investigación, ya que el estudio del arquetipo de la *sombra* esclarecerá el porqué y cómo esta se manifiesta en el personaje de Hyde. Nos dará a conocer todo lo que subyace bajo el inconsciente del texto, y con la ayuda de los dos protagonistas.

Otros autores hablan de la imposibilidad o la posibilidad de la doble personalidad. Olson apuntaba la idea de que o bien una persona tenga dos personalidades, o bien la idea de que una persona sea el hábitat de dos portavoces o representantes distintos, es decir, dos personas que alternan en su aparición. Algunos lo llamaban *intruder, alien or interloper*⁷ (Dalrymple, 24). Todos al final concluyen con la idea de la doble personalidad, pero ninguno de ellos menciona el arquetipo de la *sombra*.

D'Amato (2005) hace una similitud entre el estudio del inconsciente a partir del psicoanálisis de Freud, y la obra de Stevenson. La autora concluye estableciendo que la obra de Stevenson ciertamente mostraba una asombrosa relación con los hallazgos de la vida inconsciente hechos por Freud (D'Amato). Eso sí, la autora muestra que esta dualidad se mostró no solo a partir del conflicto interno de Stevenson que supuso estar entre la vida y la muerte y que le persiguió durante la composición de su obra debido a la enfermedad por la que finalmente falleció. Las otras obras que realizó Stevenson no mostraron este tipo de dualidad (D'Amato); sin embargo, a propósito de la que nos ocupa, D'Amato apunta que Freud habló de la ansiedad expresada en los sueños de individuos con enfermedades coronarias y pulmonares. De ahí que la obra no solo tuviera como temática principal la dualidad, sino además la salud. Así la autora mostrará muchas otras similitudes entre la simbología de la interpretación de los sueños y la *novella*, pero de nuevo, no acercándose a nuestro estudio del inconsciente desde el prisma junguiano.

No obstante, es necesario someter esta obra a un estudio del inconsciente del texto. Los personajes nunca han sido estudiados desde un punto de vista psicoanalítico, donde la "persona" (Jung, *El yo*, 87), que describe esa máscara que llevamos para encajar en la sociedad, es la que debe brillar en contextos de este tipo. Y por último, tampoco se ha hecho hincapié en etiquetar aquello que, desde un punto de vista psicoanalítico, hace que exista una libertad de expresión en la emergencia del arquetipo del *Self*. Este artículo pretende catalogar todos estos atributos dándoles una perspectiva psicoanalítica junguiana, ayudándonos para ello de los arquetipos del inconsciente colectivo. Es obvio que la dualidad y el arquetipo de la *sombra* se dan claramente en la obra de Stevenson. Pero es la argumentación expuesta por nuestro análisis a través del inconsciente del texto y el estudio de los personajes lo que hace original este artículo.

⁶ "Freud asocia la 'perversión' con la sexualidad varonil (activa) y 'neurosis' con la sexualidad femenina (pasiva)" (Traducción nuestra).

⁷ "Intruso, alien, o entrometido" (Traducción nuestra).

Vila (1996) solo deja caer que hay algo que se esconde en Jekyll. Lo que Vila indica es justo el punto de partida de nuestra investigación, es decir, señalar que ese algo que se esconde no es un mero juego de palabras, sino que es la *sombra* de Jekyll: *If he be Mr. Hyde, he had thought, I shall Be Mr. Seek*⁸ (Vila, 7). Además en el capítulo dedicado a la búsqueda de Hyde nos lleva aún más de la mano de Utterson a descubrir este enigma. Para Utterson en el capítulo dedicado a *Search for Mr. Hyde*⁹ vemos como además la fonética, nos introduce en un juego de palabras que nos lleva al verbo *hide* en inglés (esconder). Esto no solo nos llevaría a participar en un juego bajo la escritura expuesta por Vila sino que además nos lleva aún más lejos, nos indica que efectivamente hay algo más que se esconde en Jekyll y que sin duda se esconde en Hyde, de ahí su asociaciones fonéticas con la representación del arquetipo de la *sombra*, ya que esta se esconde, como el nombre del personaje indica.

Vila (1996) añade que dentro de Jekyll se esconde un *killer* partiendo de que este se manifiesta como su doble. Veamos la ecuación que propone Vila: *Je* y *kill* (*kill*=matar). Es decir, Hyde “es que ejecuta lo que él desea” (Vila, 8). Sin duda, para el mismo autor, Hyde se manifiesta como el doble de Jekyll. Vila sigue añadiendo que Jekyll esconde sus deseos, ya que estos son rechazados moral y socialmente. Estos deseos se esconden debido a un rechazo a comprometer su imagen ante la sociedad. Sin duda el esconder lo que nos da vergüenza, aquello que rechaza la sociedad queda determinado como una “característica de la naturaleza humana, escindida por la moral” (Vila, 8). Lo novedosa de nuestra investigación es que a pesar de que se haya estudiado la perspectiva del *doppelgänger*, de la dualidad, nunca llega a tratar el arquetipo de la *sombra*, y es ahí donde nuestra investigación tratará de indagar.

Según lo conocido los contenidos del inconsciente atañen, según la concepción freudiana, a la infancia debido a la incompatibilidad de su forma. Tal es así, que además dicha represión crece dentro de un ambiente de represión moral (Jung, *El yo*). Según esto, se entendería que el inconsciente guarda todas esas partes de la personalidad que podrían formar parte del consciente, de no haber sido censuradas por la educación. El inconsciente no solo guarda aquellos contenidos reprimidos, sino también aquellos que simplemente no han traspasado la barrera de la consciencia (Jung, *El yo*).

De esta forma, anulada la represión, quedaría completamente inhabilitada la producción inconsciente por quedar estancados los contenidos conscientes en el inconsciente. Es decir, estos deben ser lo antes posible adaptados y asociados a la consciencia (Jung, *El yo*).

Según Moore, Jung fue uno de los mayores detractores de la rigidez sobre el significado de la libido de Freud. Jung no creyó que toda la interpretación de la libido en la psicología humana girase solo y exclusivamente en torno a lo meramente sexual. Jung remarcó que lo consciente era sin duda el centro del yo/ego; pero sin embargo el

⁸ “Si él es el Señor Esconder (Hyde), se había dicho, yo seré, el Señor Encontrar (Seek)” (Traducción nuestra).

⁹ “En Busca de Mr. Hyde” (Traducción Rosa Regás, en Stevenson, 1985).

inconsciente personal se encargaría de expresar todo aquello que reprime, ya sea experiencias o complejos, que deberían formar parte del consciente; y por supuesto de lo que él llamaba el inconsciente colectivo. Pero en la investigación de Moore llama poderosamente nuestra atención el significado de los arquetipos y su coincidencia con enmascarar los complejos, el otro yo:

Jung identifies these archetypes as the persona or mask, or the false wrappings of the society acquired by the individual; the shadow, or the dark side of the duality, like a Mr. Hyde within Dr. Jekyll; the anima/animus, or maternal Eros, or feminine spirit, in the man and the paternal Logos, or masculine soul, in the woman; and, finally, the Self, or the essence of human wholeness, the individual par excellence. These archetypal symbols can be experienced through the individuation process, or the path to wholeness¹⁰ (Moore, 112).

Tal y como hemos señalado anteriormente, y a pesar de la discordancia de opiniones entre Jung y Freud, no hay duda de que ciertos arquetipos como el del *ánima/animus*, la *sombra* o de la dualidad, son adquiridos cuando se convierten en la máscara perfecta para poder pasar inadvertido entre lo sistemáticamente establecido. Por otro lado, en este caso, es necesario también apropiarse del motivo freudiano de la simbología del sueño.

Es necesario hacer una distinción entre “inconsciente personal” (Jung, *El yo*, 63) y “contenidos personales” (64). El primero describe un estrato cuyos componentes son de naturaleza personal, ya que a su vez provienen de la existencia individual, y además se componen de factores psicológicos que también podrían formar parte de la consciencia. De ahí se destaca que si los elementos psicológicos que no compatibilizan son censurados y, por consiguiente, forman parte del inconsciente, siempre queda la posibilidad de que estos se vuelvan conscientes una vez que hayan sido revelados.

Es entonces cuando estos se descubren como contenidos personales, por cuanto su procedencia encuentra justificación en nuestro pasado, ya sea de forma total o parcial. Estos conforman parte de nuestra personalidad, ya que son partes de la que esta se compone. Pero lo más importante de todo “ostentaría el carácter de una omisión, por la que se experimentaría un resentimiento moral” (Jung, *El yo*, 64). La inferioridad en sentido moral, no proviene de un enfrentamiento con la ley moral, sino que tiene su origen en un choque con el Yo, y por cuestiones de equilibrio anímico requiere cierta reparación. Lo que sin duda es cierto es que este conflicto al fin y al cabo sugiere de forma imperativa una asimilación de una parte inconsciente. Obviamente, el que consiga transferir dicha elemento del inconsciente verá ampliada parte de su

¹⁰ Jung identifica estos arquetipos como la persona o máscara, o las envolturas falsas de la sociedad adquiridas por el individuo; la Sombra, o el lado oscuro de la dualidad, como un Mr. Hyde dentro de Dr. Jekyll; el *Ánima/animus*, o Eros maternal, o espíritu femenino, en el hombre y el Logos paterno, o alma masculino en la mujer; y, finalmente, el *Self*, o la esencia de la totalidad de una persona humana, el individuo por excelencia. Estos símbolos de arquetipos pueden experimentarse mediante el proceso de individuación, o la trayectoria hacia la totalidad (Traducción nuestra).

personalidad. Se da por supuesto que este incrementa el conocimiento de lo reprimido, referido a la consciencia moral, es de entrada algo desagradable y por ello ha sido censurado.

ANÁLISIS

Los pensamientos y sentimientos reprimidos que provienen de lo inconsciente, reflejado en la cita que a continuación exponemos, lo componen anhelos, reminiscencias, predilecciones, propósitos, etc. Son los típicos que quedan al descubierto ante un interrogatorio inquisitivo por parte de alguien. Todo eso, qué duda cabe, nos llevará a un autoconocimiento total.

[...] había disfrutado bajo el disfraz de Hyde. Tomé esta decisión quizás con una reserva inconsciente, [...] El diablo que había en mí había estado encarcelado durante mucho tiempo y salió bramando (Stevenson, 112).

Tras comenzar la búsqueda de Mr. Hyde, esta se inicia, no en un aspecto físico, sino en una vertiente más psíquica. Desde este momento, Hyde puede ser una vergüenza, o algún castigo para Jekyll en su representación del yo, de la conciencia, por haber hecho algo contra lo establecido. Es como si Hyde, es decir, lo inconsciente, hubiera venido a sacar todo aquello que es vergonzoso para la conciencia, es decir, para Jekyll; bien llámase pecado, bien compárese con algo tan maligno como un tumor:

¡Ay!, esto debe de ser el espectro de algún antiguo pecado, el cáncer de una escondida vergüenza, el castigo que llega, *pede claudo* (Stevenson, 43).

Nuestra hipótesis va alcanzando con más fuerza la idea de que Hyde es la *sombra* de Jekyll. Es aquel que guarda sus secretos, o lo que podría llamarse a efectos de inconsciente, aspectos reprimidos de su personalidad.

Este Mr. Hyde –pensó–, si se le estudiara, ha de poseer secretos tales que a su lado los del mismo Jekyll serían la luz del sol (Stevenson, 43).

Al hilo de lo dicho anteriormente, Hyde simbolizaría la oscuridad de aquello que se oculta en los estratos de lo inconsciente, bien pudiera ser en forma de afectos, pero fundamentalmente proveniente de lo inconsciente. Mientras que Jekyll representa la consciencia o al menos uno de sus estratos más altos y alejados de lo inconsciente, es decir, la claridad frente a la oscuridad. Así pues, se plantea una descripción de un esquema referente a la constitución de la psique (Jung, *Los complejos*, 116), donde las partes más oscuras representarían las zonas más cercanas a la consciencia donde domina la realidad más liderada por el pensamiento. La zona más clara es el paso intermedio del yo entre el mundo consciente y lo inconsciente. Por último la zona central más oscura daría paso a las irrupciones producidas por los afectos, lo mágico y lo espiritual, y donde lo que vive en realidad dentro se deja ver en su salida hacia el

exterior. Nosotras hemos observado pues esta relación entre Jung y la lectura de la obra de Stevenson, que a continuación iremos exponiendo en nuestro análisis.

Esquema referente a la constitución de la psique

1. Sensación (oscura exterior)
2. Pensamiento (oscura exterior)
3. Intuición (oscura exterior)
4. Sentimiento (oscura exterior)
5. El Yo, la voluntad (en blanco)
6. Recuerdos (zona más clara)
7. Contribuciones subjetivas (zona más clara)
8. Afectos, irrupciones (zona más clara)
9. Irrupciones (zona más clara)
10. Inconsciente personal (zona central más oscura)
11. Inconsciente colectivo (zona central más oscura)

(Jung, *Los complejos*, 116)

La zona más oscura encarna la conciencia, el mundo consciente tal y como lo vemos y en el que nos situamos debido a la sensación, al pensamiento, a la intuición y al sentimiento. La zona 5, que es la que marca el paso de la zona más oscura a la más clara, encarna el acceso que da paso al yo desde el mundo exterior hasta el mundo interior, y con la que podremos explicar la intrusión del arquetipo de la *sombra*, es decir, la aparición de Hyde en la vida de Jekyll, como proyección de su inconsciente.

No obstante, desde la zona 1 a la 4 serían los primeros pasos en el conocimiento de los sentimientos y pensamientos reprimidos por el Yo:

Comencé a reflexionar con mayor seriedad que hasta entonces las consecuencias y las posibilidades de mi doble existencia. La parte de mí mismo que tenía el poder de proyectar al exterior desde hacía algún tiempo la había ejercitado y nutrido de sobremanera (Stevenson, 110).

Así pues, mientras que el mundo exterior y de la conciencia está adquiriendo nuestra atención, no nos damos cuenta de lo que está ocurriendo en esta zona intermedia. Sin embargo, cuando la concentración de la conciencia es menor, los recuerdos, las contribuciones subjetivas, los afectos y las irrupciones, que antes mencionábamos, suben a la superficie, provenientes de un centro más oscuro, al que la palabra inconsciente solo trata de referir. De esta forma, en el hombre primigenio se puede ver con claridad cómo la llegada de la noche motiva su idea del mundo. Durante el día, toda su atención está enfocada al mundo exterior concretamente. Pero cuando se cierne sobre él la oscuridad, todo es mágico y espiritual, ya que con el atardecer viene la desaparición de la conciencia diurna. Es por ello que para Hyde lo más difícil es librarse de las ataduras de la conciencia. Incluso podemos hacer referencia a lo dicho anteriormente con una comparación de esta con la luz, cuando siempre se libra de lo inconsciente, o sea, Hyde proviene de la parte más oscura:

Pero ahora, frente al accidente de aquella mañana, tuve que reconocer que así como al principio lo más difícil era liberarse del cuerpo de Jekyll, en los últimos tiempos, y de forma lenta, pero decidida, las dificultades iban por el lado contrario. Todo parecía indicar que poco a poco iba perdiendo el dominio de mi yo original y mejor, para irme incorporando, lentamente al Segundo, que era el peor (Stevenson, 111).

Una vez que la luz desaparece, surge de nuevo el mundo interior, que para el hombre primigenio es tal real como el mundo exterior. De esta forma, los contenidos que nacen en el inconsciente psíquico incurren en el consciente del mundo interior de cada sujeto y afloran en él determinadas sensaciones cuya naturaleza va más allá del conocimiento del primigenio. Dicho de otra forma, los espíritus se convierten para él en seres reales: “En el primitivo, pues, el interior está proyectado en el exterior y aparece siempre durante la noche” (Jung, *Los complejos*, 117).

Al tratarse de un *novella* del género gótico, el arquetipo de la *sombra* como sabemos tiene su propia apariencia física en Hyde. Esta empieza a dejarse ver curiosamente en el rostro de Jekyll. Nosotras hemos notado que es obvio, ya que la dualidad desde donde se erige la temática principal de esta obra es precisamente en la doble personalidad, en el cambio de aspecto físico. De alguna forma, esta parte del inconsciente que tratamos de exponer digamos que habría tomado forma física incluso, y es ahí donde residiría una de las partes terroríficas de esta obra.

El ancho y vigoroso rostro del Dr. Jekyll palideció hasta los labios y una sombra pasó por su mirada (Stevenson, 46).

Es necesario apuntar que en esta cita aparece la palabra en inglés *blackness*. Palabra que en la mayoría de las versiones españolas de la obra es habitualmente traducida como *sombra*, aunque en inglés venga a significar “negrura” o en su sentido más figurativo “negatividad”. Tal es así que podemos observar una vez más cómo en la obra no deja de emerger simbología de cualquier tipo relacionada intrínsecamente con el arquetipo de la *sombra* y con su posición dentro de la parte más oscura según la estructura de la psique antes expuesta por Jung. Por ello parece ser que la *sombra*, efectivamente, se encuentra dentro de nosotros, pero en nuestra psique:

Según mi explicación, esto se debe a que todos los seres humanos con los que nos encontramos son una mezcla de bien y de mal, y en toda la Humanidad solamente Edward Hyde era el mal puro (Stevenson, 104).

Es bien sabido que los pensamientos provenientes de lo inconsciente mediante el arquetipo de la *sombra* crean situaciones de tensión y angustia. La idea es que esta nos obliga a acercarnos a un lado de la psique que no ha sido filtrado por la consciencia, y que nos hace ser de una forma que esta no permite. Según lo dicho por Jung (*Los arquetipos*), la imagen de la *sombra* encarna todo aquello con lo que el individuo no está conforme y de alguna forma carga contra él.

De esta manera, observamos claramente cómo en términos generales Jekyll representa la consciencia y Hyde lo inconsciente, no importándole además lo que la consciencia, o sea Jekyll, piense ya que Hyde, lo inconsciente, está libre de toda represión. Incluso a Jekyll se le compara con la figura de un padre, es decir, como el que impone las normas de lo que es correcto. Por otro lado, Jekyll en esta cita, procedente de la parte final, es decir, una vez que ha reconocido a su *sombra*, reconoce que acallar a Hyde sería acallar todos los placeres que se reprimen.

Es más, incluso podemos establecer una simbología de las palabras que usa el autor para, según este estudio, hablar de la *sombra*, la consciencia y lo inconsciente: *cavern*=personaje, máscara; *pursuit*=la norma, la moralidad, la consciencia; *bandit*=vicios, deseos, anhelos, lo inconsciente; *father*=lo establecido, la moralidad; *son*=(el hijo) lo inconsciente, la desobediencia para poder realizar los anhelos censurados.

Hyde, no obstante, sentía una absoluta indiferencia por Jekyll; si pensaba en él, lo hacía como el bandido de la montaña, recuerda la cueva de la que se sirve para esconderse y salvarse de sus perseguidores. Jekyll tenía un interés más parecido al de un padre; Hyde tenía más de la indiferencia de un hijo. Atar mi destino al de Jekyll era morir para todos los placeres que me había tolerado secretamente a lo largo de los años y que últimamente prodigaba y engrosaba; atarlo con el de Hyde era morir para tantos intereses y altísimas aspiraciones y convertirme de repente para siempre en un ser despreciable y solitario (Stevenson, 111).

Así pues, si a raíz de los sueños, las fantasías, o los delirios, se pueden examinar las personalidades arquetípicas y su conducta, se obtiene una idea de la relación con la mitología. Lo que gustaría, y no es posible, sería poder brindar a estas figuras de una consciencia del yo, pero realmente su comportamiento no denota en absoluto ningún aspecto de una consciencia del yo tal y como la entendemos. Según Jung (*Los arquetipos*), sin embargo, sus rasgos son propios de las personalidades más defectuosas, imperfectas. Jung reúne los rasgos de estas personalidades: “estáticas, fantasmagóricas, sin problemas, sin autorreflexión, sin conflictos, sin dudas, sin sufrimiento” (268). No obstante, se sigue tratando de infractores incómodos, ya que crean un ambiente de impresiones con augurios amenazadores, hasta llegar a crear el pánico a la perturbación mental.

Tú no comprendes las circunstancias que concurren en este caso –añadió el doctor en un tono incoherente–. Estoy en una situación angustiosa. Utterson, mi posición es muy extraña... mucho... Es uno de estos casos en que el solo hecho de hablar de ello no quiere decir que se le vaya a encontrar una solución (Stevenson, 46).

Este arquetipo es tan destructivo, ya que nos expone ante lo que debe ser reprimido, que es por ello preferible intentar silenciarlo por todos los medios. Lo que sería a simple vista para el lector que Jekyll pretende dejar de hablar del asunto con Utterson, o simplemente alejarse de la cuestión, sería de acuerdo con nuestra simbología

de los arquetipos intentar por todos los medios acallar a esa figura que tantas contradicciones guarda con la actitud por la que todo el mundo conoce al Dr. Jekyll. Según Jung (*Los arquetipos*), todos estos procesos que se producen en la consciencia y la inconsciencia producen un tira y afloja entre ambas.

Es decir, la una tiene como objetivo dañar a la otra. Según Jung (2002), ambos deberían poder defender sus contenidos con buenos argumentos, lejos de tener una lucha continuada por protegerse de la otra. Debería establecerse una colaboración declarada con la única idea de crear una totalidad indestructible: “el individuo” (Jung, *Los arquetipos*, 270). Todo ello se conseguiría mediante lo que Jung denomina “proceso de individuación” (270). Con él, Jung designa una forma de establecer un perfeccionamiento continuado que mana de la lucha entre la consciencia y la inconsciencia:

[...] solo te diré para tranquilizar tu buen corazón que puedo deshacerme de Mr. Hyde cuando me parezca (Stevenson, 47).

Una vez más observamos cómo este arquetipo rompe con toda clase de reputación, entrando en conflicto lo moral y lo inmoral, es decir, lo que está censurado y lo que no:

[...] poco me importa lo que le pueda ocurrir a Hyde. He roto completamente con él. Pensaba en mi propia reputación, comprometida por este odioso caso (Stevenson, 57).

Al hilo de la cita anterior, observaremos cómo los personajes masculinos como el Dr. Lanyon, entre otros, actúan como los que establece la moral. Jekyll pide ayuda a su amigo y abogado el Sr. Utterson, ya que este parece seguir regido por la cordura de la consciencia, ya que la *sombra* lo que hace es crear confusión:

Quisiera dejar el asunto en tus manos, Utterson. Tengo el convencimiento de que tú acertarás en lo que es más indicado, confío mucho en ti [...] Quiero que seas tú quien juzgues por mí. He perdido toda la confianza que tenía en mí mismo (Stevenson, 57).

Estas dos citas además demuestran que no todos están al alcance de la *sombra*, solo aquellos que entran en conflicto con ella. De acuerdo con Moore, no hay duda de que ciertos arquetipos como el del *Ánima/animus*, la *sombra* o de la dualidad, son adquiridos cuando se convierten en la máscara perfecta para poder pasar inadvertidos entre lo sistemáticamente establecido. Por otro lado, en este caso, es necesario también apropiarse del motivo freudiano de la simbología del sueño. Lo que nos hace recordar la coincidencia con lo establecido por Jung en su teoría de los arquetipos, donde según Moore el inconsciente puede hacerse notar en sueños, acciones o fantasías dándoles formas a su vez en los arquetipos que se integran en el mundo interno del yo. De esta forma, podemos aunar las con/discordancias entre lo expuesto por ambos psicoanalistas en el cuerpo dormido de Hyde:

[...] dormía revestido de la forma de Edward Hyde. Esto me hizo sonreír y dando rienda suelta a mis efectos psicológicos inicié, con prisa, un análisis de los elementos de aquella ilusión (Stevenson, 108).

En su visión junguiana de la *sombra*, Scott la define como la representación de ciertas características del ego que se encuentran rozando el límite de la consciencia. Normalmente, cuando una persona reconoce la *sombra*, siente rubor e incluso temor por aquellos rasgos de su personalidad que quedaron al descubierto. Sin embargo, no es normal que seamos capaces de reconocerla en nosotros mismos, pero sí de verla en otros, de ahí que podamos reconocer el egoísmo y la hipocresía. El reconocimiento de la *sombra* se revela mediante sueños, donde el que sueña expone cierta mirada crítica sobre los demás, lo que le hace ver aquello que rechaza en su propia personalidad. También suele llevarnos a cometer ciertos actos no deseados propios del arrebato.

Pero Mr. Hyde parecía estar fuera del alcance de la policía, como si nunca hubiese existido. Fueron desenterradas muchas cosas de su pasado y todas ellas ignominiosas: se conocieron historias de la crueldad de aquel hombre, impasible y violento a la vez, de su vida abyecta, de sus singulares amigos, del odio que había despertado por doquier; pero de su destino, nada en absoluto (Stevenson, 63).

Una vez la *sombra* se reprime, es decir, Hyde desaparece, Jekyll vuelve a su vida normal, recupera su estatus social en términos de respeto y sociabilidad, ya que ahora de nuevo consigue durante un tiempo regirse por lo establecido según la conciencia:

La muerte de Sir Danvers quedaba más que compensada, según su criterio, por la desaparición de Mr. Hyde. Liberado de aquella influencia diabólica, había comenzado para el Dr. Jekyll una nueva vida. Salió de su reclusión, reanudó el contacto con los amigos y se convirtió de nuevo en su anfitrión y huésped; y si siempre fue conocido por la caridad [...] su rostro sereno parecía traslucirse de la satisfacción interior de ser útil (Stevenson, 63-64).

En su relato final, ya desde una nueva perspectiva tras haber estado en contacto con la *sombra*, reconoce que tras la desaparición de Hyde durante dos meses, tal y como hemos mencionado más arriba, vive en paz, ya que se acoge a lo aprobado por la conciencia:

Durante dos meses, no obstante, me mantuve fiel a la resolución que había tomado, y durante ese tiempo me mantuve en una austeridad tal que no recuerdo haberla asumido nunca hasta entonces de forma tan elevada, y así fue como saboreé las compensaciones de la conciencia satisfecha (Stevenson, 112).

Pero este no tarda mucho en volver a aparecer. Existen símbolos que son más culturales; aquellos que engloban las “verdades eternas” (Jung, *El hombre*, 93), por ejemplo, desembocadas de las doctrinas religiosas. Esta característica hace, por otro lado, que sean además más consentidas por la sociedad.

Debes dejarme seguir mi oscuro camino. He provocado en contra de mí un castigo y un peligro que no puedo nombrar. Si soy el más grande de los pecadores soy también el mayor de los afligidos. Nunca hubiera sospechado que en este mundo se pueda sufrir tormentos tan terribles (Stevenson, 66).

Además este tipo de símbolos hacen tal mella, en muchas ocasiones, en el individuo, que el sentimiento que crea hace que actúen de forma similar a los prejuicios. El motivo no es otro sino que allí donde son censurados o arrinconados, hace que buceen en el inconsciente con ciertas implicaciones, así como resultados enigmáticos. Tales instintos del inconsciente conforman una *sombra* (Jung, *El hombre*, 93) demoledora dentro de nuestra consciencia.

Según Scott, Jung (1934) compara el encontronazo con la *sombra* como el acto de mirarnos frente a un espejo. Se da como el proceso doloroso y obligatorio de concienciación, sin poder obviar la información que nos presenta el inconsciente:

En el primer soplo de esta nueva vida ya me sentí cien veces más perverso, como si fuera un esclavo vendido a mi demonio innato [...], y cuando llegué a mi alcoba contemplé por primera vez a Edward Hyde [...] La parte nociva de la naturaleza, a la que ahora yo había transferido la virtud plasmante, era menos robusta y estaba menos desarrollada que la parte buena, acabada de abandonar (Stevenson, 103-104).

Es por ello que sería muy beneficioso para la consciencia poder separar esta dualidad de la que el hombre se compone, para disminuir así el sufrimiento. Es importante recalcar cómo Jekyll, al referirse a esta dualidad que lo perturba, se refiere no solo a algo que le sucede a él, sino al algo que es inherente a todo ser humano; de ahí nuestra relación en este estudio con la simbología de los arquetipos. Es por lo que pretende poder crear una disociación:

Si cada uno de ellos –me decía– pudiera ser alojado en una personalidad distinta, la Humanidad se vería aligerada de un insoportable pesar. El injusto seguiría su camino, libre de las aspiraciones y de los remordimientos de su inflexible hermano gemelo [...] Era una maldición de la humanidad el hecho de que estuvieran unidas y en un solo manojito estas dos ramas antagónicas, y que en las entrañas dolorosas, en la conciencia, los dos gemelos irreconciliables sostuvieran una lucha sin reposo (Stevenson, 101).

Como hemos señalado anteriormente, la consciencia fracasa frente a lo que va emergiendo de lo inconsciente. La *sombra* en este caso va ganando en su batalla frente a la censura, imponiéndose por doquier:

Aquí y allá seguían a las fechas breves observaciones, generalmente de una sola palabra. “doble”, la misma palabra se repetía seis veces en un total de varios centenares de anotaciones; una sola vez, al principio de la lista, se leía una observación seguida de varios signos de exclamación: “¡Fracaso absoluto!” (Stevenson, 93).

Así pues, la represión de la psique colectiva, y todo lo que hemos mencionado que contiene, ha sido una categórica necesidad para el desarrollo de la personalidad o también denominado “desarrollo de la persona” (Jung, *El yo*, 87). Esta nos brinda una envoltura que se puede llamar *persona* (personaje o máscara)” (87):

Descubrí que ciertos agentes tenían el poder de agitar y arrancar este vestido carnal, del mismo modo que el vendaval agita las cortinas de un pabellón (Stevenson, 101).

Con esto, el individuo puede ocultarse o separarse del ámbito de la psique colectiva. La sociedad tiene mucho que ver en esto, ya que siempre advierte la necesidad de que haya una figura que actúe como un medio de deseo, de sumisión, siendo algo a su vez muy común en la vida colectiva de los pueblos (Jung, *El yo*).

Tu señor, Poole puedes estar bien seguro, sufre una de esas enfermedades que torturan y deforman al mismo tiempo al que las sufre; esta, por lo que deduzco, es la razón del cambio de su voz y de ahí también la máscara y el hecho de que se esconda de sus amigos; de ahí la angustia por encontrar aquella medicina en la cual el pobre tiene alguna esperanza de curarse... y Dios quiera que no se engañe (Stevenson, 79).

Lo que nos hace recordar la coincidencia con lo establecido por Jung en su teoría de los arquetipos, donde según Moore el inconsciente puede hacerse notar en sueños, acciones o fantasías dándoles formas a su vez en los arquetipos que se integran en el mundo interno del yo, pudiendo aunar las concordancias y discordancias entre lo expuesto por ambos psicoanalistas. Y es que debido a esta integración en el mundo interno del yo, que la dualidad que existe en nuestro interior, por mucho que una de ellas sea rechazada completamente, al ser parte inevitable de nosotros, se convierte en uno más. Metafóricamente, Stevenson la llama familiar:

Además anuncié a mis sirvientes que un tal Mr. Hyde, cuyo aspecto les describí, gozaría de absoluta libertad y poder en mi casa de la plaza, y para evitar cualquier tropiezo fui allí en mi segunda personificación [...] (Stevenson, 106).

Es por ello, por lo que según la envoltura que tiene Jekyll mediante la máscara que señala Jung, nadie reconoce a Hyde, o dicho de otra forma, nadie reconoce a Jekyll en Hyde:

¡Señor! –chilló Poole–, ¿creéis que no conozco a mi amo al cabo de veinte años? [...] No, señor... Aquella figura de la máscara no ha sido nunca el Dr. Jekyll (Stevenson, 79).

Es en la última parte de la obra cuando Jekyll expone finalmente la dualidad, vista en la *sombra* con la que ha tenido que enfrentarse toda su vida. Observamos cómo la máscara, que apuntaba Jung (1972), ha ocultado su *sombra* haciéndole un hombre respetado, eso sí, teniendo censurados los placeres y los vicios que ante los ojos de la

sociedad y por ende de la consciencia no estaban bien vistos. Es por lo que en el último capítulo que vamos a abordar, Jekyll hace un estudio de sí mismo, una vez que se ha enfrentado con la *sombra*. Según la actuación de la Sombra, siempre ha sido consciente de su *sombra*. Nunca llegó a rechazarla, sino que convivió de alguna forma con su *sombra*. Veamos el primer acercamiento a esta reflexión que hace el protagonista:

Si he de decir la verdad, el peor de mis defectos era ser demasiado alegre de carácter, amigo de diversiones y placeres [...] a mí me resultaba muy difícil conciliarla con el deseo imperioso que sentía de llevar la cabeza muy alta [...] De ahí que escondiera todos mis placeres y que cuando me llegó la hora de la reflexión y me di cuenta de mis avances y de mi posición en el mundo, ya estaba condenado a una profunda duplicidad (Stevenson, 99).

Jekyll relata cómo se ve obligado a tener que esconderse ante el rechazo de estos vicios por la sociedad. Pero en este análisis hemos observado cómo al principio no eran reprimidos por él mismo, sino que era consciente de su *sombra* y, tal y como hemos mencionado anteriormente, hasta que finalmente esta fue más fuerte que su consciencia apoderándose de él por completo:

Era más lo que tenía de exigencia y de rigidez en mis aspiraciones que una extraordinaria degradación de mis faltas lo que me hacía ser como era y lo que produjo un surco, una fosa más profunda que en la mayoría de los humanos, entre estas dos regiones del bien y del mal que dividen y que constituyen nuestra doble naturaleza (Stevenson, 100).

La dualidad se plantea como la idea de lo que está formalmente establecido y que lo dirige nuestra consciencia y, por el contrario, lo que no lo está formalmente establecido, y está regido por lo inconsciente, más en concreto aún sacado a la luz por el arquetipo de la *sombra*. En esta ocasión mostrando las dos caras del ser humano. En su visión junguiana de la *sombra*, Scott la define como la representación de ciertas características del ego que se encuentran rozando el límite de la consciencia. Normalmente, cuando una persona reconoce la *sombra*, siente vergüenza porque se destaca aquello que siempre ha relegado a lo inconsciente:

A pesar de que era tan profundamente doble en mis actos, no era de ninguna manera un hipócrita: mis dos aspectos eran genuinamente sinceros [...] Día tras día, desde el punto de vista moral, desde el intelectual, esta verdad me iba acosando sin detenerse a causa de cuyo incompleto descubrimiento he sido condenado a un naufragio tan pavoroso: que el hombre en realidad no es sino dos (Stevenson, 100).

Con la aparición de la *sombra*, Jekyll llega a comprender la dualidad del hombre y la complejidad de esta, en el aspecto de poder convivir con ella, ya que es rechazada por lo estipulado social y moralmente:

Yo, por mi parte, por la propia naturaleza de mi vida, avancé sin vacilaciones en una sola dirección: y fue por el lado moral y en mi misma persona donde aprendí a reconocer la compleja y primitiva dualidad del hombre. Vi que de las dos naturalezas que luchaban en el campo de mi conciencia, si con razón podía decirse de cualquiera de ellas era la mía se debía a que esencialmente lo eran las dos... (Stevenson, 101).

CONCLUSIÓN

Mediante este artículo se demuestra que la figura del *doppelgänger* no es la única vía para poder explicar la simbología de la dualidad del ser humano. El estudio aquí presentado ha dado a conocer ciertos procesos inconscientes que nos llevan a alcanzar el *Self* o proceso de individuación. De esta forma, el arquetipo de la *sombra* se erige como uno de los arquetipos que ayudan a alcanzar ese proceso, ya que para ello es necesario equilibrar la conciencia con lo inconsciente, en definitiva, aceptar lo que somos.

Por lo demás, hemos conocido uno de los pares antagónicos de los que Jung (*El yo*) hablaba y en los que nos dividimos, psíquicamente hablando. Con los personajes aquí analizados hemos podido examinar uno de los pares antagónicos, como son la dualidad entre el bien y el mal, lo que nos ha permitido estudiar ambas partes.

Al hilo de la importancia de la conciencia para asimilar lo inconsciente hemos visto cómo una carga de la representación de la conciencia, o sea de lo establecido, podría verse en todos los personajes masculinos de la obra y a los que Hyde asesina. Es como un atentado del inconsciente contra la conciencia. Estos personajes: Sr. Utterson, abogado, el Dr. Lanyon, el parlamentario inglés Sir Danvers, son hombres poderosos, con una moralidad intachable en teoría, es decir, perfectamente encajados en su persona/máscara, donde la conciencia rige todo pensamiento y mantiene a raya toda represión proveniente de lo inconsciente. Algo que no conviene a lo inconsciente (Hyde) y que es necesario eliminar para poder traspasar la censura de la conciencia.

Así pues, y según la presente exploración, a partir de la metodología de la psicología analítica hemos examinado los diferentes resultados sustraídos a partir del arquetipo de la *sombra*. En términos generales, el actual estudio de la novela ha ahondado en una perspectiva más psicológica que temática. Es decir, uno de los componentes góticos de la misma se ha tornado elemento esencial a la hora de ayudarnos con lo inconsciente del texto. Por medio de Hyde y Jekyll hemos podido estudiar el poder del inconsciente sobre la conducta mediante el arquetipo de la *sombra*. Esta no solo nos ha hecho ver el lado negativo de la naturaleza humana, sino también la parte positiva que existe cuando se dejan de reprimir ciertos aspectos de índole personal. Este estudio nos lleva a contemplar que, a pesar del *modus operandi* de Hyde, Jekyll siente cierta liberación con la exposición total del inconsciente. La máscara o persona que, según Jung (*El yo*) todos llevamos como consecuencia de la censura de lo inconsciente que se desprende de Jekyll con la aparición de Hyde. Es quizás donde se

puede ver cierto aspecto positivo en el arquetipo de la *sombra*, ya que en esta faceta nos acerca más a nuestro *Self*.

Asimismo, este artículo ha profundizado más allá del mítico *doppelgänger*. Con nuestro estudio de lo inconsciente colectivo y, en concreto con la ayuda del arquetipo de la *sombra*, se ha expuesto una visión más detallada de la dualidad del ser humano, llevándonos, gracias al texto, a otras formas de conocimiento de lo inconsciente colectivo.

c/Fray Ángel Sagashume 33, 18600 Motril, Granada (España)
artagomezmoreno@gmail.com*

*Universidad de Granada**
Facultad de Filosofía y Letras
Departamento de Filologías Inglesa y Alemana
Campus Cartuja, 18071, Granada (España)
ehewitt@ugr.es*

OBRAS CITADAS

- Callen, Anthea. "Doubles and desire: Anatomies of masculinity in the later nineteenth century". *Art History* 26.5 (2003): 669-699.
- D'Amato, Barbara. "Jekyll and Hyde: A literary forerunner to Freud's discovery of the unconscious". *Modern Psychoanalysis* 30.1 (2005): 92-140.
- Dalrymple, Theodore. "Mr. Hyde & the epidemiology of evil". *The New Criterion* (2004): 24-28.
- Freud, Sigmund. *The interpretation of dreams*. London: Hogarth Press, 1900. vol. 4 y 5.
- Franz, M.L. von. "El proceso de Individuación", en *El hombre y sus símbolos*. Luis Escobar Bareño (trad.), Madrid, Aguilar, 1966, 157-215, 158-230.
- Garner, Jane. "Reduplication phenomena: Body, mind and archetype". *British Journal of Medical Psychology* 73 (2000): 339-353.
- Hillman, James. *Re-visioning psychology*, New York: Harper & Row, 1975.
- Jung, Carl Gustav. *Los complejos y el inconsciente*, Madrid: Alianza Editorial, 2011.
- *Los arquetipos y lo inconsciente colectivo*, Carmen Gauger (trad.), Madrid: Editorial Trotta, 2002.
- *El Yo y el inconsciente*, Barcelona: Editorial Luis Miracle, 1972.
- *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Barcelona: Editorial Paidós, 1970.
- *El hombre y sus símbolos*, Luis Escobar Bareño (trad.), Madrid: Aguilar, 1966.
- Moore, Geneva Cobb. "Archetypal symbolism in Alice Walker's 'Possessing the secret of joy'". *The Southern Literary Journal* 33.1 (2000): 111-121.
- Olson Eric T. "Was Jekyll Hyde?". *Philosophy and Phenomenological Research* 66.2 (2003): 328-348.

- Saposnik, Irving S. "The anatomy of Dr. Jekyll and Mr. Hyde". *Studies in English Literature 1500-1900* 11.4 (1971): 715-731.
- Sardello, Robert J. "In the Vale of Soul-Making: Towards an archetypal psychology". *PsycCritiques* 21.3 (1976): 175-177.
- Scott Shumaker, Curtis. "Shadow, Anima & sinister landscapes: Leiber's women and Jungian archetypes". *Fantasy Commentator* 11.1-2 (2004): 75-80.
- Shubh M. Singh & Subho Chakrabarti. "A study in dualism: The strange case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde". *Indian Journal of Psychiatry* 50.3 (2008): 221-223.
- Stevenson, Robert L. *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Trad. Rosa Regás. Madrid: Sarpe, 1985.
- Tucker, Elizabeth. "Ghosts in mirrors: Reflections of the Self". *Journal of American Folklore* 118 (2005): 186-203.
- Vila, Santiago. *Jekyll y Hyde: Literatura, cine y psicoanálisis*. Valencia: Ediciones Episteme, S.L, 1996.